



Sábado de la 4.^a semana de cuaresma.



Domingo de Pasion.



Lunes de Pasion.



Martes de Pasion.

to tan poco amado? Sin duda porque no es conocido. El menor beneficio, la mas corta expresion de cariño, la mas pequeña oferta, un poco de afabilidad y de buen modo, excitán y arrebatán nuestro reconocimiento: solo el divino objeto, complacencia de los ángeles y bienaventurados, no puede ganar nuestro corazon. ¡Qué ingratitud! Todos los dias entregamos nuestro corazon á objetos indignos de él, y nunca pensamos consagrarlo al que solo es capaz de satisfacerlo. Somos duros, somos insensibles á sus amorosas sollicitaciones; por mas que nos lo pide, se lo réhusamos; por mas que nos ama, le despreciamos. ¡O injusticia! ¡O impiedad! Convergamos, pues, en que el conocer á Jesucristo sin amarlo, es no conocerlo; el verdadero conocimiento es inseparable del amor: siendo, pues, pocos los que lo aman, son sin duda pocos los que lo conocen; los que no lo conocen, no conocen á su Padre; los que no conocen á su Padre, morirán dos veces, conforme á la sentencia pronunciada en el paraíso. ¡Qué resultado tan funesto! ¡Qué muerte tan terrible la que sigue á la del cuerpo!

Domingo de Pasion.

Et domingo de Pasion ha sido siempre en la Iglesia uno de los mas solemnes y mas clásicos, por lo tocante al oficio, el que no cede jamas al de ninguna otra solemnidad. Como no hay en nuestra religion misterio que dé mas golpe, y donde el amor de Jesucristo para con nosotros se manifieste mas al vivo, tampoco hay otro que mas nos interese y que pida de nosotros un mas vivo reconocimiento, y un mas justo tributo de compasion, de imitacion, de ternura y amor.

Desde hoy empieza la Iglesia á ocuparnos, y á llenar nuestro espíritu de los preparativos de la muerte de Jesucristo, por la consideracion particular del misterio de su pasion, objeto que se propone en cuanto hace durante toda la cuaresma, pero singularmente en estos últimos quince dias; de suerte que puede decirse, que las cuatro primeras semanas de cuaresma están destinadas particularmente para llevar al pecador á hacer penitencia de sus pecados, y las dos últimas á hacerle honrar y venerar el misterio de la pasion del Salvador, por la participacion, por decirlo así, de sus penas y tormentos. Como este fué, con poca diferencia, el tiempo en que los pontí-

fices, los doctores de la ley y los fariseos, confundidos y desconcertados por la resurreccion de Lázaro, que habia atraido un gran número de nuevos discípulos á Jesucristo, quien en todas partes ya no se conocia sino bajo el nombre del Mesias, empezaron á maquinár su muerte; y como se cree que fué decretada en este dia, la Iglesia toma hoy el luto, quita de sus oficios todo cántico de alegría, cubre sus altares para manifestar su tristeza, y todas sus oraciones indican el dolor y afliccion de que está penetrada. Por el mismo motivo y con el mismo fin, se emplea en los májines la profecía de Jeremías, figura al parecer la mas propia, tanto de los dolores de Jesucristo en su pasion, como de las desdichas causadas por los pecados de aquellos á quienes el divino Salvador habia venido á redimir con su muerte. En algunos pasages usa la iglesia de ornamentos negros, para hacer todavía mas sensible su duelo á los ojos de los pueblos, é inspirarles por medio de este lúgubre aparato los sentimientos de compuncion y de tristeza que convienen á los misterios que celebra en este santo tiempo. Pero si la Iglesia, dicen los Padres, está poseida de tristeza y de llanto en estos dias, ¿deberán sus hijos correr tras las alegrías y gozos del siglo? ¡Qué estravagancia mas escandalosa, qué impiedad no seria presentarse en público los hijos con un equipage brillante y magnífico, divertirse y holgarse sin miramiento alguno, mientras que su madre gime en la afliccion, y tiene el corazon anegado en la amargura! Antiguamente se hubiera mirado como un apóstata á un cristiano que en el tiempo de pasion se hubiera dejado ver en público en hábitos ricos y ostentosos, ó que hubiera osado asistir á las diversiones y fiestas mundanas. En estas dos últimas semanas se prohibia á los fieles, no solo los lacticinios, sino aun el pescado; de suerte que su alimento se reducía á solo viandas secas. Este domingo siempre se ha llamado de Pasion, así como el siguiente, de Ramos, á distincion de los precedentes, que se han llamado de Cuaresma. Igualmente se han distinguido siempre por los Santos Padres estas dos últimas semanas de las cuatro primeras de cuaresma, y se les ha llamado de Pasion, por estar la Iglesia en ellas con mayor duelo y en mas austera penitencia que en las anteriores, que se han llamado simplemente de cuaresma, y en las que la penitencia y el ayuno han sido con ménos rigor.

El introito de la misa de este dia es del Salmo XLII, en el que David desterrado y perseguido por Saúl, suspira por su vuelta y

por la vista del tabernáculo. Pide al Señor le conceda esta gracia, y se consuela con la esperanza de alcanzarla; pero al mismo tiempo pide al Señor haga patente su inocencia. Este salmo fué compuesto por David en el tiempo que Jonatás le declaró que Saúl habia tomado la última resolucion de quitarle la vida. Esto sin duda fué lo que obligó á la Iglesia á escogerlo para el tiempo en que la muerte del Salvador fué decretada por los pontífices, escribas y fariseos.

La misa comienza por el primer versículo del salmo: Júzgame, Dios mio; y contra lo que una liga criminal publica para infamarme, haz patente á todo el mundo mi inocencia: líbrame del odio de un perseguidor igualmente injusto que artificioso; porque tú eres todo mi apoyo y mi fortaleza. No deja de conocerse la relacion y semejanza que hay entre lo que le pasaba á David, y el misterio de este dia. Haz que yo vea y experimente que sois fiel en vuestras promesas, y de este modo caminaré sin temor por entre los mas evidentes riesgos hasta llegar á vuestro santo monte, donde está vuestro tabernáculo. Por la luz y la verdad entienden los Padres á Jesucristo. San Cirilo entiende por la luz al Hijo, y por la verdad al Espíritu Santo; lo que no tiene duda es, que el monte santo en el sentido místico es la Iglesia de Jesucristo.

La Epístola de la misa de este dia es del capítulo XI de la admirable carta de San Pablo á los hebreos. Despues de haber mostrado San Pablo, por un razonamiento sin réplica, la impotencia, la debilidad, el vacío de todo lo que la ley antigua tenia de mas respetable, de mas religioso y de mas sagrado; despues de haber demostrado que nada en ella era santo, sino con una santidad puramente legal, pues nada era capaz de santificar al alma, de destruir el pecado, ni de abrir el cielo cerrado á todo el linage humano despues del pecado del primer hombre, hace ver cuán inferior era el sacerdocio levítico al de Jesucristo. Toda la virtud del ministerio de aquel se reducía á ciertas purificaciones legales, á procurar algunos bienes temporales; y el sumo sacerdote no entraba mas de una vez al año en el Sancta Sanctorum, que era la parte mas sagrada de un tabernáculo material, hecho por mano de hombres, cuya entrada estaba cerrada á todos los demas. Estas eran en sustancia, y por mayor, la virtud y las prerogativas del antiguo sacerdocio, dice el Apóstol. Mas Jesucristo haciendo de pontífice de los bienes futuros, esto es, de los bienes eternos, de los bienes espirituales y

celestiales, entró una vez en el santuario, es decir, en el cielo; y por la triunfante Ascension de su humanidad nos abrió á todos la puerta. Por eso el velo que cerraba é impedía la entrada del santuario del templo, se rasgó en la muerte del Salvador. El tabernáculo, por el cual, ó con el cual entró Jesus, segun el Apóstol, en el santuario del cielo, es la naturaleza humana de que se vistió, y con la cual subió al cielo para prepararnos un puesto y para tomar posesion de él, dice San Crisóstomo, en nombre de todos. Por un tabernáculo, prosigue el Apóstol, mucho mas excelente, mas perfecto y mas santo. En efecto, la carne, la humanidad del Salvador es el verdadero tabernáculo del Verbo Encarnado: esta humanidad, este verdadero hombre es en quien reside corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, el cual no nació, ni fué concebido del modo ordinario. El Espíritu Santo lo formó de un modo sobrenatural en el vientre de la Santísima Virgen. El sumo sacerdote no entraba en el santuario sino el día de la expiacion, en que llevaba la sangre de las victimas, que había sacrificado por sus pecados y por los del pueblo. Pero Jesus, único Pontífice Eterno, no entró en la mansion de los bienaventurados con la sangre de los animales sacrificados, sino con su propia sangre, voluntariamente derramada, no por él, que era la misma inocencia, sino por los pecados de todos los hombres generalmente. Y por este divino sacrificio, por esta sangre adorable vertida sobre el altar de la cruz; por esta sangre de la nueva Alianza, entró en el santuario eterno, no una vez cada año, como el sumo sacerdote de los judíos, sino una sola vez para siempre. El efecto de este sacrificio no se limita á purificarnos de algunas inmundicias legales y pasajeras, como sucedia con los sacrificios de la ley antigua, sino que se extiende á expiar nuestros pecados, y á abrirnos las puertas del cielo; á purificarnos de todas nuestras manchas interiores, á darnos la gracia, la justicia, la inocencia; á libraros de la muerte eterna, y á hacernos hijos de Dios. El santuario del tabernáculo se llamaba el Sancta Sanctorum, esto es, el lugar santo, la santa habitacion de los santos; lo que no conviene propiamente sino al cielo, que es la estancia de los bienaventurados, el solo verdadero lugar santo de los santos, cuya entrada nos abrió Jesucristo, entrando primero en él, y del que el santuario del tabernáculo y del templo de Jerusalem, era solamente figura y representacion.

Si la sangre de los cabritos, y de los toros, prosigue el Apóstol,

si la aspersion hecha con la ceniza de una becerrilla santifica á los que están manchados, purificándolos segun la carne, ¿cuánto mas purificará nuestra conciencia de la impureza de las obras muertas, la sangre de Jesucristo, el cual se ofreció él mismo á Dios por el Espíritu Santo, siendo inocente, y estando sin mancha alguna propia que purificar?

Se lee en el libro de los Números, que una de las ceremonias legales era sacrificar solemnemente una vaquita, ó becerra roja. Despues de haberla degollado en presencia del pueblo, la quemaban; el sacerdote tomaba sus cenizas, y las distribuía al pueblo, para que hiciese con ellas una agua de aspersion, quiere decir, que esta ceniza echada en agua servia para purificar de las manchas contraidas en los funerales, ó por haber tocado algun cadáver: todo esto era misterioso. Los israelitas, nacidos y criados en medio de las supersticiones paganas de los egipcios, necesitaban de esta especie de ceremonias materiales y sensibles, que pudiesen hacerles perder las ideas de las supersticiones á que estaban acostumbrados. Una de las mas religiosas entre los egipcios, era no matar jamas vacas. Este animal era sagrado entre ellos, por motivo de adorar á la diosa Isis en este vil animal. Sin duda quiso el Señor inspirar á los israelitas un grande horror á las ceremonias y supersticiones de los gitanos, ordenándoles que ofreciesen en sacrificio la vaca, diosa de los egipcios, y que sus cenizas echadas en agua sirviesen para la expiacion de las inmundicias legales. Pues si la aspersion de la sangre de los toros y machos de cabrío; si la aspersion hecha con la ceniza de una vaca santifica á los que están manchados, purificándolos segun la carne, es decir, los hace capaces de acercarse y de llegarse á las cosas santas, y de participar del culto del Señor, ¿cuánto mas la sangre de Jesucristo, Dios y Hombre, derramada voluntariamente para redimirnos, nos purificará de nuestras manchas y de nuestros pecados, que es lo que el Apóstol llama obras muertas? La fuerza de esta consecuencia se saca, de que los animales no se ofrecian ellos mismos. El Espíritu Santo tampoco era el motor interior de esta oblation, ni ellos servian sino para un culto figurado. Pero Jesucristo se ofreció él mismo por inspiracion del Espíritu Santo, como una víctima sin mancha, y nos hace dar á Dios vivo un verdadero culto. Como si dijera: la oblation de Jesucristo era voluntaria, santa, espiritual y de un valor infinito; cualidades que faltaban todas á los sacrificios de los animales, y á todas las cere-

monias legales, y por este motivo es el Mediador del Nuevo Testamento. Moises fué como el mediador y ministro de la antigua alianza entre el Señor y los israelitas, la cual se confirmó con la sangre de las víctimas sacrificadas á la falda del monte Sinaí; pero Jesucristo es el Mediador de la nueva Alianza por su propia sangre, la que derramó para expiar nuestros pecados, reconciliarnos con su Padre y merecernos la cualidad de hijos de Dios.

Leídas todas las ordenanzas de la ley, y las promesas hechas á los que las observasen, mojó Moises en la sangre de las víctimas sacrificadas un ramo de hisopo, y roció con ella el libro, el pueblo, el tabernáculo y todos los vasos que servían al culto de Dios, pronunciando estas palabras: Esta es la sangre del Testamento y de la alianza que Dios ha hecho hoy con vosotros. Y como la verdad debe corresponder á la figura, era menester que el pueblo cristiano, figurado por el pueblo judaico, fuese rociado interiormente con la sangre de Jesucristo, de la cual era figura la sangre de los animales, y que por consiguiente, Jesucristo derramase su propia sangre. Ningun heredero entra en posesion de la herencia hasta haber muerto el testador. Era, pues, necesario, que Jesucristo muriese, para que nosotros pudiésemos entrar á poseer la herencia que nos habia prometido.

El Evangelio de hoy no conviene ménos que la Epístola al gran misterio de la pasion, cuya solemnidad empieza este domingo y continúa hasta la Pascua.

Estando el Salvador en el templo cinco ó seis meses ántes de su muerte, hizo un largo y admirable discurso á una multitud de gentes que lo estaban escuchando, en el cual les esplicó su union con su Padre, el carácter y el poder que habia recibido de él, la autoridad y autenticidad de su divina mision, la deplorable ceguedad de los que rehusaban el conocerlo y recibirle; y finalmente, la excelencia y la verdad de su doctrina. Las vivas reconvenções que habia hecho á los judios sobre que no querian creer en él, habiéndole visto obrar tantos milagros; porque, en fin, les decia, solo podriais tener dos pretextos para paliar vuestra obstinada incredulidad: ó los defectos que advirtiérais en mi conducta, ó los errores que descubriérais en mi doctrina. Pero yo os desafío á que no hallais nada que reprenderme, aunque ha tanto tiempo que me observais con tanta malignidad. Porque ¿quién de vosotros me podrá conveneer del menor defecto? ¿Y si no sois capaces de acusarme de nada; si

mis obras y mis leyes son igualmente irreprochables; si no os predico sino la pura verdad; si ademas de esto autorizo cuanto digo con la pureza de mis costumbres y con lo estupendo de los mayores milagros, ¿por qué no creis lo que os digo? Considerad aquí, exclama San Gregorio, la extrema mansedumbre de un Dios, que se baja hasta mostrar que no es pecador, siendo así que, por su divino poder puede justificar á todos los pecadores.

El que es de Dios, oye las palabras de Dios, añadió el Salvador: Yo no os diré ahora cuál es la causa de vuestra incredulidad; solo os diré que todo hombre que está animado del espíritu de Dios oye gusto su palabra: la razon porque vosotros no ois con gusto la palabra de Dios, es porque no sois hijos de él. Esta reconvençon tan bien fundada y tan caritativa exasperó á los judios, los que no respondieron sino con injurias y blasfemias, tratando al Señor de samaritano y de endemoniado. Tal es y ha sido siempre el agradecimiento de los libertinos: mostrádes sus desbarros y no os responderán sino con un torbellino de injurias. Dan el nombre de Samaritano al Salvador porque no se negaba al trato de este pueblo con tanta escrupulosidad como los judios; se habia detenido algunos dias en Siquen, les habia predicado la palabra de Dios, no los esclucia de la salvacion, y tenia tan en el corazon su conversion, como la de los otros. Por eso el Salvador no respondió á la primera injuria; se contenta con decirles con su acostumbrada mansedumbre, que no estaba poseido del demonio; que si les decia las verdades con mas viveza de la que ellos deseaban, no por eso debian tener por furor lo que no era sino un zelo lleno de caridad; que no se proponia otro fin en todo, que la gloria de su Padre y la salvacion de los hombres; que bien podian cargarlo de injurias; pero que no por eso dejaría de proseguir su obra, sin mostrar contra ellos el menor resentimiento; que en cuanto hombre no buscaba su propia gloria; que dejaba todo el cuidado de ella á aquel sobre quien recairian los ultrages que le hacian, el cual, siendo el soberano Juez, no dejaría de vengarlo de sus calumniadores. Mas queriendo el Salvador templar, por decirlo así, esta terrible amenaza con una agradable promesa, añadió: Os aseguro que cualquiera que observare mis preceptos, no morirá jamas.

Los judios que despreciaban no ménos sus promesas que sus amenazas, le respondieron con indignacion: Ahora conocemos mas bien que nunca, que es el demonio quien te hace hablar de esta

suerte. Abraham murió, los Profetas también murieron, y tú te atreves á decir que los que guardaren tus preceptos no morirán. ¿Por ventura eres mayor que nuestro padre Abraham? ¿Eres mayor que los Profetas, á quienes no perdonó la muerte? ¿Quién piensas ser tú? Todo este razonamiento estriba sobre un falso principio: suponen que Jesucristo habla de una vida temporal, y no es sino de la vida del alma, de la vida eterna de la que habla el Salvador.

Vosotros pensais, continúa el Salvador, que lo que digo es una vanagloria que me atribuyo. Yo no tengo cuidado de glorificarme: mi Padre me glorifica bastante delante de vosotros con tantos prodigios como habeis visto; él es quien hace que su poder resplandezca en mí, por las maravillas que he obrado á vuestros ojos, y por la verdad que os anuncio. Y no digais que este Padre os es desconocido, y que lo que yo os hablo es un enigma. Este Padre es el Dios que vosotros adorais y cuyo testimonio no quereis recibir: se puede decir asimismo, que es para vosotros un Dios desconocido, pues no conoceis las obras que obra por mí. Si vosotros lo conoceriais, descubririais en mí todas las señales que caracterizan al Mesías, y me reconoceriais por Hijo de Dios. Yo lo conozco perfectamente, y haria traicion á la verdad si fuera capaz de decir lo contrario. Pueblo ingrato: no conoces á tu Dios, ni á aquel que te ha enviado para hacértelo conocer: en cuanto á mí, conozco á Dios que es mi Padre, y si os dijera que no lo conozco, seria tan mentiroso como lo sois vosotros, diciendo que lo conocéis. Si lo conoceriais, guardariais fielmente sus preceptos; yo los guardo con una fidelidad suma, porque le conozco. Es evidente que Jesucristo habla aquí como hombre. ¿Qué honor os haceis por tener á Abraham por padre? añadió el Señor. ¿No sabeis que este gran Patriarca, ilustrado por Dios, conoció el día feliz en que yo habia de venir al mundo? Vió este día como lo habia deseado, y se alegró con esta vista. Los judíos que no habian entendido el concepto del Salvador, le dijeron sonriéndose y como despreciándolo: Todavía no tienes cincuenta años, y quieres hacernos creer que eres del tiempo de Abraham. Al oír esto el Hijo de Dios, tomando un tono de maestro, y queriendo darles á conocer sin alegoría y sin figuras, que él existia desde la eternidad en cuanto Dios, les respondió: En verdad os digo, y os lo vuelvo á repetir, que yo soy y existo ántes que Abraham estuviese en el mundo. Los judíos comprendieron

muy bien que el Salvador decia que era tan eterno como su Padre; y teniendo la proposicion del Salvador por una blasfemia, cogieron piedras para apedrearlo como á blasfemo; pero Jesus se les desapareció y se salió del templo, reservando el sacrificio de su vida para el tiempo que su Padre le habia señalado.

La Epistola es del capítulo IX de la del Apóstol S. Pablo á los hebreos.

Hermanos: Habiendo venido Cristo, pontífice de los bienes futuros, por medio de un tabernáculo mas excelente y mas perfecto, no hecho á mano, esto es, no de fábrica semejante, y no con sangre de machos de cabrío, ni de becerros, sino con la sangre propia, entró una sola vez en el santuario, habiendo obtenido una eterna redencion. Porque si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza de la de la ternera, esparcida sobre los inmundos, los santifica en orden á la purificacion de la carne, ¿cuánto mas la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu Santo se ofreció á sí mismo inmaculado á Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas para que tributemos un culto á Dios vivo? Y por eso es mediador de un nuevo testamento, á fin de que mediante su muerte para expiacion de las prevaricaciones cometidas en tiempo del primer testamento, reciban la herencia eterna prometida los que han sido llamados en Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo VIII de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado alguno? Pues si os digo la verdad ¿por qué no me ereis? Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no las escuchais, porque no sois de Dios. A esto respondieron los judíos, diciendo: ¿No decimos bien nosotros que tú eres un samaritano, y que estás endemoniado. Jesus les respondió: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí. Pero yo no busco mi gloria: otro hay que la promete, y él me bendecirá. En verdad os digo que quien observare mi doctrina no morirá para siempre. Dijeron los judíos: Ahora acabamos de conocer que estás poseído de algun demonio. Abraham murió, y murieron también los Profetas, y tú dices: Quien observare mi doctrina, no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abra-

ham, el cual murió, y que los profetas, que asimismo murieron? ¿Tú por quién te tienes? Respondió Jesus: Si yo me glorifico á mi mismo, mi gloria no vale nada: es mi Padre el que me glorifica, aquel que decis vosotros que es vuestro Dios. Vosotros empero no le habeis conocido. Yo sé que le conozco; y si dijere que no le conozco, seria como vosotros un mentiroso. Pero le conozco, y observo sus palabras. Abraham, vuestro padre, ardió en deseo de ver este dia mio: vióle y se llenó de gozo. Los judíos le dijeron: ¿Aun no tienes cincuenta años y viste á Abraham? Respondióles Jesus: En verdad, en verdad os digo, que ántes que Abraham fuera criado, yo existo. Al oír este, cogieron piedras para tirarlas; mas Jesus se escondió y salió del templo.

MEDITACION.

Sobre la pasion del Señor.

Considera que la pasion del Señor es un hecho tan asombroso, que con razon se usa para inculcárnosla de aquellas expresiones tan vivas y animadas del Profeta Isaias: "Asombraos, ó cielos, y vosotros, puertas eternas, desolaoos con vehemencia." Porque en efecto, es de pismo y estupor para toda la naturaleza, para todo el orbe, para los cielos mismos, para cuanto existe en lo natural y sobrenatural, ver á Dios omnipotente y de infinita magestad hecho hombre mortal y pasible; ó bien sudando sangre por la afiecion de su espíritu; ó bien atado á una columna y azotado como un vil esclavo; ó bien coronado de espinas y tratado como un rey de burlas el que es Rey de reyes y Señor de señores; ó bien cayendo al peso de la cruz que lleva sobre sus hombros; ó bien clavado en ella, elevado en los aires, derramando su sangre preciosísima y muriendo entre escarnios y baldones, entre dolores y tormentos, entre amarguras y desolacion en un afrentoso patíbulo. ¿Qué es esto, Dios Eterno? ¿Cómo se han eclipsado las luces de tus ojos? ¿Cómo se ha oscurecido el oro esplendísimo de tu hermoso semblante? ¿Qué son estas llagas en medio de tus manos y de tus piés divinos? ¿Cómo corre por ellas la sangre preciosísima que circulaba en tus venas, sangre de Dios, sangre de infinito valor, sangre esmaltada por la divinidad, sangre divina? ¡Ah, que la causa de este suceso lo hace mucho mas asombroso! El mismo se ha ofrecido, porque ha querido padecer y morir por la salud de los hombres: su amor lo ha con-

ducido á tanta humillacion y tanta pena: él ha sido herido en la casa de los que decian que lo amaban: manos sacrílegas, manos atrevidas, manos de hombres criados y conservados por él, le han vuelto mal por bien, han correspondido con odio á su amor, se han avanzado á su cuerpo sacrosanto, han roto sus carnes, lo han bañado de sangre, lo han fijado en un leño, lo han reducido á un estado tan lastimero, que le vemos y no tiene figura, se le pueden contar todos los huesos, su rostro está como escondido y despreciado, él no es ya un hombre segun la situacion en que se encuentra, sino como un gusano, el oprobio de los hombres, la abyeccion de la plebe. Su Padre no le atiende y no vuelve por él; él muere al fin: su cadáver queda pendiente de la cruz, y luego es sepultado: su alma desciende á los senos de la tierra. ¡Oh Dios, y quién puede contemplar todo esto sin llenarse de asombro, sin estremecerse, sin morir de dolor!

Considera que esta catástrofe divina es tanto mas dolorosa, cuanto que el Dios Hombre que la padece, la padece, y la sufre por pecados ajenos de que la caridad ha hecho que se cargue para pagar la pena que nosotros debiamos. Siendo él inocente, siendo impecable y santo por naturaleza, puso Dios sobre él las iniquidades de todos nosotros para que satisficiera por todos, sufriendo el solo el castigo que nosotros merecíamos. Verdaderamente cargó él nuestras enfermedades, portó nuestros dolores: él ha sido herido por nuestras iniquidades, ha sido quebrantado por nuestras maldades. ¿Y quién, Dios santo? ¿Quién es el que aparece ante tu justicia divina como peeador, como carne de pecado, como reo de los delitos de todo un mundo, que lleva sobre sí como una piel de que se ha vestido, como la lana que porta el manso corderillo? ¡Ah! aquel que repugna infinitamente el pecado, aquel que en traerlo sobre sí sufre un nuevo tormento, un tormento mayor que cuantos padece en su cuerpo sensibilísimo, aquel que da su sangre y muere en un madero por destruir este mismo pecado. ¡Oh Jesus amabilísimo! ¿Cómo puedes sufrir tan detestable carga? ¡Ah! que tu alma santísima no la puede soportar: este es el cáliz amarguísimo que pides á tu divino Padre pase de tí; pero el amor que me tienes hace que apures este tormento hasta las heces, por tal que yo, esclavo de la culpa, me mire libre de ella! ¡Oh caridad inmensa, digna de un Dios de infinita bondad!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y cómo, Redentor piadosísimo de mi alma, cómo podré yo abrigar en mi seno un objeto de tanto horror, que puso en agonía al que es la vida del mundo: un monstruo tan asombroso, que solo tú, Dios de infinita fortaleza, pudiste luchar con él, debilitarlo y vencerlo? Mas aun cuando no considerara mas que la fineza que te debo, bastaba esta para no volver á cometer la mas mínima culpa; porque ¿cómo habré padecer tanto por mis iniquidades, y luego perder lo que tanto te ha costado? ¿No rehusar tú el morir por mí, y frustrar yo el efecto saludable de tu muerte? ¿Morir tú porque yo tenga vida, y darte yo la muerte en mi corazon por el pecado tu enemigo? No, no, Dios mio, no mas pecar; aborrezco y detesto todas mis iniquidades, y huiré eficazmente hasta de la causa mas remota que pueda hacérmelas cometer. Lávame, Señor, con la sangre preciosísima que derramaste por mí, y válgame el mérito de tu pasion santísima, para que logre yo todo el fruto de la redencion.

JACULATORIA.

Lávame mas y mas de mi iniquidad y borra mi pecado, ¡oh Redentor divino!

LECCION.

Cuán falsa es la fé de muchos cristianos.

Si os predico la verdad, ¿por qué no me creéis? Dijo Jesucristo á las turbas de los judíos. No puede negarse que es locura y necedad la del gentil, la del judío y la del herege en no creer el Evangelio confirmado con tantos milagros, y con la misma autoridad divina y testimonio de la Iglesia por disposicion de su autor; pero mucha mas enorme locura es el creer como verdad eterna que no puede faltar el Evangelio y vivir contra el Evangelio, no solo como si se dudara de su verdad, sino como si se tuviera certeza de su falsedad. O se cree que hay otra vida y que es eterna, ó no: si no se cree, no hay que admirarse se sigan los deleites de la carne, sus antojos y apetitos; porque un hombre que piensa que todo se acaba con la vida, ¿qué ha de hacer sino vivir como un bruto? Mas si se cree que hay otra vida eterna en penas ó en glorias, en luces resplandecientes ó en llamas abrasadoras, en compañía de Dios

ó en consorcio del demonio; si se cree que hay muerte, que de improviso nos puede arrebatar, que hay juicio que nos ha de condenar ó premiar segun nuestras buenas ó malas obras; si esto se cree, repito, y se vive como si fuese mentira, ¿no es una evidente contradiccion? ¿Cómo puede caber en un entendimiento racional el irse á echar con los ojos abiertos en un horno de fuego? ¿No hay duda: si el demonio no nos tiene sordos, nos tiene ciegos!

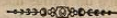
Oigamos á San Bernardo. Contemplando este santo la doctrina y sermon de Jesucristo en el monte, sobre las bienaventuranzas, dice: "Que verdaderamente allí habló por sí mismo la sabiduría de Dios. Y abriendo su boca les enseñaba." Efectivamente reveló y descubrió las verdades que estuvieron escondidas desde el pecado de Adán. Porque ¿qué cosa mas oculta é ignorada que ser los pobres dichosos y los ricos desdichados: felices los que padecen y lloran, é infelices los que se gozan y rien? Pues esto es lo que enseña el mismo Jesucristo, verdad infalible, que no puede engañarse ni engañarnos. Ahora bien: ¿será posible que los hijos de Adán sean tan locos que creyendo que está la verdadera bienaventuranza en la pobreza y en la cruz, y que las riquezas y gustos de esta vida los hacen desdichados, busquen estos y abandonen aquellos? Búsquelas el gentil que vive sin Dios, el mahometano que cree en su Alcorán, el ateo que no espera lo eterno; pero un cristiano que cree en Jesucristo que le enseña que todo lo de este mundo es perecedero, incapaz de hacerle feliz, ¿esto sí que es necesidad de necesidad! Si creemos ¿cómo no obramos? O ¿cómo creemos!

Se dirá acaso que aunque el entendimiento se convence, la voluntad se resiste, considerando lo árido y espinoso que es el camino de la virtud, y el temor de pisar esas espinas nos detiene, y en llegando la tentacion, desfallecemos. Por una parte nos parece que no podemos vivir sin las delicias del mundo; por otra la conciencia nos recuerda, el temor del infierno nos aterra. Dejar el mundo, sus usos y costumbres, es cosa árdua: dejar de creer que hay otra vida, no nos lo permite el convencimiento cristiano que por favor de Dios hemos adquirido, y nos recuerda incesantemente nuestra conciencia. ¿Pues qué se hace? Alucinarnos, procurando partir, y cumplir con todo, con Dios y con el mundo, con la virtud y con el vicio, con Jesucristo y con el demonio, con el altar y con la carne. Todos los fieles, dice Jesucristo en su Evangelio, corresponden á Dios de una de cuatro maneras: ó como el trigo que se le cae al sem-

brador en el camino y estos son los que leen las verdades de paso, sin cuidado y sin propósito de aprovecharse de ellas; pues antes de ponerse á leer, lo primero que hacen es registrar si es grande ó chica la leccion, sermón ó lo que tratan de leer: despues no les ocupa otro pensamiento, sino el de *cuándo se acabará*; y al concluir se quedaron como estaban ántes. Otros son como el grano que se siembra sobre piedra, que nace, pero no crece. Estos tienen un corazon duro y empedernecido que impide echen raices los buenos pensamientos: creen un rato, miéntras están devotos y no tienen tentaciones; pero en viniendo la ocasion, allí se acabó todo, se apartan de Dios y abandonan la virtud. Otros son como el grano que cae entre espinas que son los cuidados, las riquezas y delicias de esta vida que ahogan la semilla, la marchitan y no la dejan dar fruto. En fin, otros son como el trigo que cae en buen terreno y da frutos abundantes; y estos solo son los que tienen el corazon puro y bueno, y corresponden con una fé viva y buenas obras. Los tres primeros paran en paja para el fuego del infierno. Entre los del segundo lugar, dice San Bernardo, entran los que tienen una fé fragil en la ocasion de lograr, que aquí hacen propósitos y allí los quebrantan. *¿Y cuál es esa fé fragil?* La que San Pablo llama fingida; y se llama así, porque es quebradiza, de poca subsistencia, como los vasos de barro que al primer descuido se hacen tiestos. De este modo es la fé de algunos: al menor golpe de una mirada, de un trabajo, de un qué dirán, luego faltan al propósito y á lo que creian, y siguen el deleite, y tras esto el infierno.

Estos miserables reconocen á Dios por su Padre, porque los formó y les dió el espíritu; y tambien reconocen á la tierra por su madre, porque de ella se formó el cuerpo; así es que quieren tener las delicias de la tierra en la carne, y las delicias del cielo en el espíritu: ser terrestres y ser celestiales, cumplir con las leyes del nuevo y justo Adán sin dejar de practicar las del hombre viejo y prevaricador. Tratan de dar gusto á Jesucristo creyendo en él, y darlo al mundo obrando como él. *¡Prodigio raro!* ¡Pensamiento verdaderamente fátuo! *Nadie puede servir á dos señores juntamente*, dice el Salvador por San Mateo: no se puede servir á Dios y al mundo, á Dios y á la carne, á Dios y al demonio: Jertusalen y Babilonia están encontradas: no se puede subir al cielo bajando al infierno. O se ama á Dios y se aborrece al mundo, al demonio y la carne, ó se sigue á estos y se desprecia á aquel. Es preciso de-

jar el tebonio, como un Mateo, y seguir á Jesucristo, ó venderlo como un Júdas para percibir las ganancias y gustos de este mundo. El querer unir las dos cosas, es la necedad de los filisteos, que pareciéndoles no debian despreciar á su ídolo Dagon, ni á la arca sagrada de la alianza, los juntaron en un mismo templo y en un mismo altar. No de otra suerte muchos cristianos juntan ¡Qué horror! ¡Qué atrevimiento . . . ! Juntan al divino Hijo de Maria con el hijo de la Vénus lasciva, esto es, sus devociones comunioes y obras de piedad con un amor torpe, con sus delicias y encantos. Esto no es servir á Dios, sino servirse de Dios para mantener el crédito de cristianos; servirse de lo divino para manter lo profano. ¡Cuidado con tan terribles verdades! Si se os repiten, ¿por qué no las creéis?



Lúnes de la semana de Pasion.

Como esta es la semana que la Iglesia llama de Pasion, todo concurre á excitar tambien en nosotros reflexiones sobre este doloroso misterio, y todo el oficio de la misa dice relacion á él. El introito de ella en este dia es del salmo LV que es una fervorosa oracion de un hombre afligido que se halla rodeado de enemigos crueles, que buscan todos los medios de perderlo. Noticioso David de que Saúl con sus cortesanos habia jurado su pérdida, se retiró á los dominios de Aquis, rey de Get, pero fué conocido, como que era el mayor enemigo de los filisteos; y su asilo vino á ser para él el mayor peligro en que se vió en su vida. Se retiró á la cueva de Odolam, donde compuso este salmo: Señor, tened misericordia de mí; ya veis con que indignidad me tratan los hombres, y que no cesan ni descansan de hacerme la guerra y perseguirme. Mis enemigos me hacen sentir sin cesar los efectos de su desprecio y de su odio, y su número se aumenta todos los dias. Es fácil de advertir la relacion que tienen estas palabras con que empieza la misa, á los dias en que los escribas y fariseos encarnizados contra Jesucristo, no buscaban en sus juntas sino pretestos y medios para quitarle la vida.

La Iglesia ha elegido para la Epístola de este dia la historia de la predicacion de Jonas á los habitantes de Nínive, y la de su conversion. Era Nínive una de las mas antiguas y populosas ciudades. A esta populosa ciudad fué enviado Jonas por órden de Dios

para anunciar á sus habitantes que su pronta conversion y su penitencia confundirian en algun dia á los judíos, y á un gran número de cristianos. Sorprendido y asustado Jonas de un mandato como el que Dios le imponia, ya sea que no llevase á bien el ver que Dios quisiese trasportar su misericordia de su pueblo á los extrangeros y gentiles, ya sea que considerase las dificultades y peligros que habian de ocurrir en la ejecucion de una comision tan nueva, resolvió no hacer nada de cuanto se le mandaba, y se embarcó en Joppe, sin otro designio que el de alejarse de su pais. Pero el Señor de quien huia supo muy bien seguirle, enviando de repente un viento impetuoso que excitó una terrible tempestad: la nave corria riesgo á todo momento de estrellarse ó sumergirse, y todo anunciaba un triste naufragio. La vista del peligro hizo que cada cual invocase á su Dios, pues habia allí gentes de varias naciones, así como de diferentes religiones. Jonas, cuando todos los demas trabajaban por libertar la vida, se bajó á lo mas profundo de la nave, donde se durmió con un sueño muy pesado: habiéndolo advertido el piloto, lo despertó y le dijo que suplicase como los demas á su Dios que tuviese misericordia de ellos. Los marineros viendo que la tempestad se aumentaba, creyeron que habia alguna causa extraordinaria que la excitaba, y que podria haber alguno de los de la comitiva que la hubiese atraido por algún delito secreto; y así determinaron aclararlo echando suertes: cayó esta sobre Jonas, y le preguntaron de donde era, á donde iba, y qué habia hecho para haber atraido sobre todos una tempestad tan furiosa. Jonas les dijo que era hebreo, que servia al Señor, y les declaró ingenuamente el motivo de su embarco, asegurándoles que no dudaba que aquella tempestad fuese efecto del enojo de su Dios, que queria con ella castigar su desobediencia y su fuga. Toda la comitiva se estremeció al oír á Jonas, y le preguntaron qué podrian hacer para aplacar á un Dios tan poderoso y tan irritado. Pues solo yo, respondió Jonas, soy la causa de esta tempestad, arrojadme al mar y al punto cesará. Los marineros movidos á compasion no se atrevieron á condescender; pero aumentándose el peligro por momentos, protestaron que estaban inocentes en su muerte, y habiéndolo arrojado al mar, aunque con dolor y contra su voluntad, al mismo instante se echó el viento y la mar quedó en calma. El Señor que queria sacar su gloria del castigo de Jonas, y hacer que fuese la mas parecida figura de la muerte del Salvador y de su resurreccion, dispuso que al mismo

instante que Jonas fué arrojado al mar se hallase un pez de una grandeza enorme, que se lo tragara. Tres dias y tres noches estuvo en el vientre de este monstruoso animal sin ahogarse. Al cabo de tres dias mandó el Señor al pez que vomitase á Jonas sobre la tierra: en lo cual fué Jonas figura de la sepultura y de la resurreccion del Salvador.

Despues de esta maravilla mandó el Señor segunda vez á Jonas que fuese á Ninive, y predicase lo que le inspiraria que dijera á los habitantes del pueblo, y Jonas no se atrevió ya á resistir á la orden de Dios. Partió pues al punto á la ciudad á que el Señor lo enviaba, y habiendo llegado á ésta anduvo un dia entero gritando por todas las calles: *Dentro de cuarenta dias será destruida Ninive.* Una prediccion tan extraordinaria, hecha en un tono de profeta por un extrangero que se decia enviado de Dios, causó una conmocion general en el espiritu y en el corazon de los habitantes. No hubo uno que no se estremeciese al oír las amenazas de aquel predicador extrangero: avisaron al rey de lo que pasaba, y le representaron que las desdichas que aquel hombre anunciaba á la ciudad podrian muy bien ser castigo de la corrupcion general que reinaba tanto en la corte como entre el pueblo. El rey, aterrado de una prediccion que amenazaba tan terrible castigo, bajó del trono, se despojó de la púrpura y de la diadema, se cubrió de un saco y se tendió en la ceniza pidiendo á gritos misericordia al Señor. Como los delitos eran universales, quiso el rey que así fuese la penitencia. Mandó publicar por toda la ciudad una orden que intimaba un ayuno universal sin excepcion de personas. El edicto mandaba que se hiciese ayunar á los hombres, á los caballos, á los bueyes y á las ovejas, sin que comiesen ni bebiesen en el espacio de tres dias seguidos, y que todos los hombres clamasen al Señor implorando su misericordia: que todos se convirtiesen renunciando la iniquidad que hasta entonces habia inundado á la ciudad. Los Santos Padres aseguran que hizo tambien ayunar á los niños de pecho, y que aun á los animales chicos los separaron de sus madres en aquellos tres dias. ¡Oh, y como este ejemplo confundirá á los judíos, y á muchos cristianos que criados en el conocimiento del verdadero Dios, los unos advertidos por tantos profetas, y los otros por tantos celosos predicadores, y todos amenazados tantas veces con el enojo de un Dios irritado por tantos delitos como han cometido, se han hecho sordos á la voz del Señor, han perseverado en el pecado y han muerto en la impe-

nitencia. Los ninivitas, decía el Salvador, se presentarán en el juicio con esta nación y la condenarán; porque al punto que oyeron predicar á Jonas, hicieron penitencia, y ved aquí á uno que es mas que Jonas.

Una penitencia tan pronta, tan general, tan rigurosa, de que el rey y los de su corte dieron ejemplo, aplacó la indignacion del Señor y detuvo los golpes de su justicia. Vió Dios sus obras y que se habian convertido y dejado su mala vida, y tuvo misericordia de ellos y los perdonó. Mas algunos años despues volvieron á sus primeros desórdenes, en el reinado de Sardanápalo, hijo de Tul el rey convertido. Entónces ya el Señor no les envió á otro profeta, sino que descargó sobre ellos su indignacion de un modo bien terrible. Toda la ciudad fué destruida: su infame rey fué abrasado dentro de su palacio con toda su familia y todas sus riquezas. Las recaídas son siempre funestas; rara vez se abusa de la misericordia de Dios, que no se experimenten bien presto los terribles efectos de su justicia. Una conversion sin perseverancia es siempre seguida de la última infelicidad.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan, donde se ve que cuanto mas se empeñaba el Salvador en probar á los judíos con sus palabras y sus milagros que era el Mesías, tanto mas se aumentaba el ódio y la malicia de los principales del pueblo contra el Salvador. Recelosos y sobresaltados los fariseos de haber oído decir públicamente á muchas gentes, que les parecia que el Mesías no sería capaz de hacer mas milagros que los que hacia Jesus, corrieron á decirselo á los príncipes de los sacerdotes, y añadieron que si no se deshacian cuanto ántes de aquel milagrero, toda la nacion creería muy pronto en él. Si se hubiera acusado al Salvador de que era un hombre de malas costumbres; ¿pero de qué acusaban á Jesucristo? De que hace tan grandes milagros, y en tan gran número, que no se cree que el Mesías pueda hacerlos mayores, y sobre esta deposicion se envian guardias para cogerlo y traerlo preso. No bien hubieron recibido los comisionados una orden tan violenta y tan injusta, cuando creyeron debian ejecutarla sin dilacion; pero lo mismo fué ver á aquel hombre Dios, que quedar atónitos y penetrados de veneracion y de respeto. Su aire magestuoso, su mansedumbre, su modestia, en una palabra, su sola presencia los paró y los desarmó. Encantados al oír las palabras divinas que salian de su boca, se olvidaron del fin á que habian sido enviados.

El Salvador, á quien nada se le ocultaba y que conocía todo cuanto pasaba en el corazon de sus enemigos, encarándose á ellos, les dijo: Ya es poco el tiempo que he de vivir con vosotros; mi vida temporal de hoy en mas no debe ser muy larga; el tiempo de mi mision va á acabarse, y yo me vuelvo á aquel que me envió. Todos los perniciosos designios que formais contra mí ántes del tiempo destinado por mi Padre para que yo cumpla su obra son inútiles; no teneis que cansaros, porque ántes de este tiempo nada podreis ejecutar contra mí. Me perseguis sin razon y sin motivo; no me podeis sufrir, aunque no os hago sino bien: mi presencia inflama vuestro ódio contra mí, é irrita vuestra envidia; pero tiempo vendrá en que me echareis ménos, en que me buscareis, pero no me hallareis. No sois capaces de venir adonde yo estaré. Esta palabra los sorprendió y fué para ellos un enigma. ¿A dónde irá, se decian unos á otros, que nosotros no podamos ir? ¿Por ventura piensa ir á predicar á los judíos que están dispersos entre los gentiles, ó á los gentiles mismos? ¿Qué quiere decir cuando nos amenaza con que por mas que lo buscaremos, no lo hallaremos, porque estará en un lugar inaccesible para nosotros? ¿Qué lugar puede ser este? Ved aquí, cristianos, lo que produce la ceguedad espiritual, y cómo impide el que una verdad terrible por su naturaleza no haga impresion. La amenaza del Salvador deja atónitos á los judíos; pero en lugar de entenderla á la letra, buscan en ella un sentido que no tiene; en lugar de aplicársela á sí mismos como debian, encuentran hasta en sus dudas con que aquietarse.

En las grandes fiestas de los judíos que tenían octava, el primero y último día, eran los mas solemnes; y por lo regular habia en estos días ciertas ceremonias particulares y extraordinarias. En la fiesta de los tabernáculos, en la cual sucedió todo esto, se acostumbraba llevar al templo con gran solemnidad, al son de instrumentos músicos, dos vasos ó urnas de plata, la una llena de agua y la otra de vino. El agua era de la fuente de Siloe, la que se derramaba sobre el altar, pidiendo á Dios la fecundidad de los frutos de la tierra. Sin duda que el Salvador hacia alusion á esta ceremonia, cuando decia en alta voz el último día de la octava: "Si alguno tiene sed, venga á mí y beba: yo os aseguro que cualquiera que crea en mí, tendrá dentro de sí, segun dice la Escritura, una fuente de agua viva que saldrá de su seno, y no se secará jamas." El Espíritu Santo, fuente inagotable de gracia, de luz y de bienes espirituales, era

de quien hablaba Jesucristo. Compara aquí Jesus una alma llena de dones del Espíritu Santo, al depósito de una fuente, cuya capacidad explicada por la palabra seno, ó vientre, derrama el agua en abundancia por todas partes, sin vaciarse jamas. Esto es, dicen los intérpretes, lo que significa esta expresión: Del vientre del que cree en mí, manarán rios de agua viva, segun dice la Escritura. Las palabras del Salvador no se encuentran término por término en la Escritura, pero se encuentra el sentido de ellas en muchos pasages, especialmente en los profetas: dice Dios por Isaías: Derramaré las aguas sobre la tierra seca, y haré que corran rios sobre la que está árida: derramaré mi espíritu sobre vuestra posteridad.

La Epístola es del capítulo III del profeta Jonas.

En aquellos dias habló el Señor por segunda vez á Jonas, diciéndole: Anda y ve á Ninive, ciudad grande, y predica en ella aquello que yo te digo. Marchó pues Jonas, y se dirigió á Ninive, segun la orden del Señor. Era Ninive una ciudad grandisima, que tenia tres dias de camino. Y comenzó Jonas á recorrer la ciudad, y anduvo por ella un dia clamando y diciendo: De aquí á cuarenta dias Ninive será destruida. Y creyeron los ninivitas en Dios, y publicaron el ayuno, y vistieronse todos, chicos y grandes, de sacos. Y llegó la noticia al rey de Ninive, y se levantó del trono, y despojándose de sus vestiduras, vistióse de saco, y sentóse sobre la ceniza. En seguida se publicó en Ninive una orden del rey y de sus principales magnates, que decia: Ni hombres ni bestias nada coman, ni salgan ni á paecer ni á beber los buyes y ganados: hombres y bestias cubranse con sacos; y clamen aquellos con todo ahinco al Señor, convirtiéndose cada uno de su mala vida é inícuo proceder. ¿Quién sabe si así mudará el Señor su designio, y nos perdonará, y si se aplacará el furor de su ira, de suerte que no pezeamos? Viendo pues Dios las obras que hacian, y como se habian convertido de su mala vida, se apiadó de su pueblo el Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan.

En aquel tiempo: Despacharon los ministros de los sacerdotes y los fariseos, ministros para que prendiesen á Jesus. Pero Jesus les dijo: Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, y me voy á

aquel que me ha enviado. Vosotros me buscareis, y no me encontrareis; y donde yo voy á estar, vosotros no podeis venir. Sobre lo cual dijeron los judios entre sí: ¿A dónde irá este que no le háyamos de hallar? ¿Íráse quizá por entre las naciones esparcidas por el mundo á predicar á los gentiles? ¿Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: Me buscareis, y no me encontrareis; y adonde yo voy á estar, no podeis venir vosotros? En el último dia de la fiesta, que es el mas solemne, Jesus se puso en pié, y en alta voz decia: Si alguno tiene sed, venga á mí, y beba. Del seno de aquel que cree en mí, comp dice la Escritura, manarán rios de agua viva. Esto lo dijo por el espíritu que habian de recibir los que creyesen en él.

MEDITACION.

Sobre la oracion del huerto.

Considera que si la ingrata Jerusalem y el Calvario fueron testigos de la dolorosa pasion de Jesucristo, de la efusion de su sangre, de su muerte; el huerto de las Olivas lo fué igualmente de su pasion interior, de su sudor de sangre, de su agonía. En este sitio de dolor y amargura, en las primeras horas de la noche mas triste y tormentosa para el que es la alegría de los santos, solo y oculto entre los árboles el Hombre Dios se postra en tierra para orar á su Padre celestial: su corazon poseído de una tristeza mortal, asaltado del pavor y el espanto, no mira en todo lo que le rodea sino motivos de afliccion y congoja. Sus discípulos, gravados del sueño, duermen á distancia, y no ven la triste situacion de su buen Maestro: en Jerusalem se ha tramado su prision, y la vil tropa encargada de hacerla se apresta ya, capitaneada por el traidor Júdas. Este ingrato discípulo lo ha vendido, acaba de cometer un sacrilegio horrendo, y pronto llegará á consumar su traicion, entregándolo á la señal de un ósculo. En aquella misma noche será cargado de prisiones, conducido ante jueces inicuos, befado é insultado; y el dia siguiente despedazado con crueles azotes y coronado de espinas, será clavado en una cruz, y en ella morirá entre las afrentas, los escarnios é insultos de un pueblo inmenso, que se burlará de él como de un falso profeta y un supuesto Mesías. ¡Oh Dios, y qué cuadro tan funesto para el dulcísimo Jesus, que por lo mismo que es Dios y está lleno de todo conocimiento y sabiduría, penetra todo el fondo de los

inmensos males que le esperan, les toma todo el peso y apura hasta las heces toda la margura de su pasion! ¡Ah, y con cuánta razon exclama San Leon Papa que toda la gloria de Cristo milita para su pena!

Considera que si estas causas eran bastantes para adigir el corazon de Jesus, suben de punto por las cualidades mismas de este su corazon nobilissimo. ¿Qué vemos en él sino una mansedumbre cual no conocia la tierra, y que para describirnosla los Profetas que lo anunciaron se valen de figuras y simbolos los mas significativos; pero que en realidad no eran sino leves rasgos de esta apacibilidad toda divina? ¿Qué vemos en él sino un espíritu de paz, que anunciaron los mismos ángeles en su nacimiento, y que empleada realmente en beneficio de los hombres iba á pacificar el cielo con la tierra? ¿Qué vemos en él sino una ternura, que le hace condolerse de los padecimientos de los hombres, una benignidad que le hace emplearse en su consuelo, una beneficencia que le obliga á socorrer sus miserias, un zelo eficazísimo por su verdadero bien, un amor ardiente á sus almas, una caridad sin medida que le hace tomar sobre sí nuestras iniquidades, para comparecer cargado de ellas ante la justicia de su Padre como reo de los delitos de todo el mundo, y expiarlos todos con su sangre y su muerte en un madero? Tan nobles cualidades, tan tiernos afectos, tan sublimes virtudes, hacen que sienta mas el dulcísimo Jesus, la hiel amarguísima de la ingratitud de los hombres y del odio positivo con que pagan su amor y corresponden á sus beneficios! Entre los gemidos de este amantísimo corazon, no podemos dejar de oír las sentidas quejas que da á su pueblo y que nos da á nosotros: “¿Qué te he hecho, pueblo mio? ¿En qué te he molestado? ¿Oñando ó de qué modo te he contristado para que así alijas y atormentes mi amante corazon? ¿Qué he podido hacer en beneficio tuyo que no haya hecho? Yo he venido á sacarte del Egipto de la culpa que te ha tenido esclavizado, para conducirte á la verdadera tierra de promision, la patria celestial. Yo te planté, viña mia, hermosísima, mas tñ eres para mí extremadamente amarga: me brindas con la hiel y el vinagre, y enristra la lanza para herir á tu Salvador.” ¡Oh dulce Jesus mio! ¿Quién podrá contemplar lo que sienté tu corazon en esta hora tristísima sin conmovérselo todo y tributar á tu pasion interior el tierno llanto de la compasion? ¡Ah, que aun esta no logras de tus desentendidos discípulos! Corres á ellos todo poseído de pavor y tristeza: los des-

piertas: les haces ver tus penas; reclamas su compañía y su consuelo; mas ellos duermen, desoyen tu voz, miran tus penas con indiferencia, y tienes que volverte á orar de nuevo, y padecer en tu soledad toda la agudeza del dolor.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y cómo, Jesus mio, cómo podré yo hacerme insensible á tan amargo padecer? Yo que penetro ya todo el misterio; yo que contemplo y miro tu dolor; yo que reconozco su causa en mis pecados; yo que no duermo, yo que estoy despierto, ¿me adormeceré en la embriaguez de mis pasiones? ¿Me hundiré en el sopor del vicio y del pecado, para no ver ni oír las penas y aflicciones de mi amoroso Maestro? ¡Ah! No, dulce Jesus, no seré insensible á tus padecimientos; borraré con mi sangre y con mi llanto el pecado con que atraje sobre tí la maldicion y el castigo; emendaré mi vida; velaré en el trabajo de mi aprovechamiento, y seguiré tus pasos haciéndote compañía en tus trabajos y en tus penas, en tus dolores y padecimientos, en tu desolacion, en tu cruz, en tu muerte.

JACULATORIA.

¡Oh padre mio! ¡Oh mi dulce Jesus! Haz que pase de mí el cáliz envenenado de mi ingratitud é indiferencia, y que apure hasta las heces el de tu pasion, con que me brindas.

LECCION.

Sobre el juicio particular.

Es de fé que todos los hombres tienen que morir, y que despues de la muerte han de ser juzgados. Este juicio particular es verdaderamente temible, porque en él hemos de recibir la sentencia definitiva é irrevocable de gozo ó pena eterna; sentencia que sin alteracion alguna se ha de confirmar en el juicio universal, publicándose para mayor solemnidad. La muerte, pues, no es tan dolorosa por las ansias y fatigas que la preceden y acompañan, como por este juicio que le sigue luego. En el mismo instante en que el alma sale del cuerpo, se concluye toda su causa, con tanta exactitud, como si en muchos años se hubiese sustentado su proceso, pues que Dios es infinitamente sabio, y en un instante lo hace todo con la mayor perfeccion. Apenas muere el hombre, cuando allí en el

mismo lugar es juzgado; porque siendo Dios inmenso, en todas partes tiene jurisdicción, en todas está su tribunal invisible. Acaso el mismo aposento y la misma cama donde por lo común habitamos y dormimos, serán el lugar de nuestro juicio. Un moribundo es el retrato mas vivo de un reo que va á comparecer ante el soberano Juez, para dar cuenta del mal ó buen uso que ha hecho de todos los momentos de su vida. Pensamientos libres, palabras inconsideradas, sentimientos apasionados, deseos desarreglados, acciones poco cristianas, respetos humanos, motivos menos puros, todo, todo será examinado por un Dios que todo lo examina y juzga con el último rigor de su justicia.

Terrores terribles los de una alma que siente acabársele la vida, y que conoce que dentro de dos ó tres instantes va á comparecer en el tremendo tribunal de Dios. Su conciencia es su peor enemigo, pues le representa todo lo que ha hecho, y previene en cierto modo el juicio y la sentencia. ¡Santo Dios! ¡Qué espanto y qué terror ver renacer multitud innumerable de culpas que hasta entónces habian estado sepultadas en el olvido! ¡Qué de pecados de la juventud que no se habian examinado, confesado ni llorado! ¡Cuántos pecados graves que se habian tenido por acciones indiferentes! ¡Cuántos que, aunque confesados, no están perdonados por falta de contrición! ¡Oh últimos momentos, y cuán terribles sois! ¡Cómo manifestais aun las omisiones en el cumplimiento de todos nuestros deberes! ¡Qué de acciones de devoción que necesitan de penitencia! ¡Qué de confesiones y comuniones sacrílegas! ¡Qué de talentos enterrados, qué de gracias, precio de la sangre de Jesucristo, desperdiciadas ó perdidas! ¡Conciencia irrecusable! ¡Qué de remordimientos, qué de pesares, qué de espantos no causan en aquella hora! Si al menos hubiese alguna esperanza de tener un año, una semana, un día para arreglar estas cuentas, para reparar estas faltas con penitencias y satisfacciones de todo género; pero no hay remedio, el tiempo expira, y no habrá ya mas para quien lo desprecia tantas veces. ¡Oh insensatos! y ¿cómo no prevenimos estos pesares! ¡Cómo no pensamos continuamente en este terrible juicio!

Al salir el alma del cuerpo, queda sola, sin parientes, sin amigos, sin que nadie del mundo le pueda valer; sus obras solas, buenas ó malas, la consolarán ó atormentarán: el ángel de su guarda por una parte, y el demonio su contrario por otra, la presentarán al Juez que juzga las mismas justicias. *No me reprende mi conciencia de*

cosa mala, dice San Pablo; mas no por eso me tengo por santificado, porque es Dios el que me ha de juzgar. Dios infinitamente puro y perfecto, juzgará por culpas muy graves muchas que á nosotros por nuestra rudeza nos parecian muy ligeras, y de las cuales hacíamos poco caso. Los justos y santos, cuanto mas recatados y cuidadosos, viven con tanto mas temor porque saben que Dios es el que juzga. Job, siendo tan inocente, recelaba y temia de todas sus obras, porque Dios las habia de juzgar. El santo David pide á Dios que no entre en cuentas con él, porque ningun viviente será justificado delante de sus ojos. Y el Apóstol San Pablo dice: "Que en el juicio de Dios, apénas y con gran dificultad se salvará el justo." Si los cielos no son limpios en presencia del que los formó, ¿cuánto ménos lo será el pecador abominable, carnal y terreno, manchado con la horrible lepra de sus pecados? Verdaderamente es cosa digna de temerse que se haya de poner Dios en juicio riguroso con nosotros, escudriñar con su luz indefectible toda nuestra vida, contar y examinar muy por menor todos los pasos de ella, y acrisolar todas nuestras obras.

Es cosa sin duda difícil, no rendirse al pesar, al dolor y al temor, en aquella extrema hora. Se ve que el tiempo se acaba, y que la eternidad comienza; pero ¿qué eternidad? ¿Será infeliz, ó venturosa? Esta incertidumbre de la muerte que se nos espera, el temor de una infelicidad sin fin, los muchos y graves motivos que hay para recelarla, ponen al alma en un estado que si se considera bien, podemos asegurar que es mas espantoso que el mismo infierno. Se lo pone presente toda la ley de Dios: conoce su justicia, ve su importancia, y ve tambien la facilidad y dulzura que habia para cumplirla. Libre de todas sus preocupaciones, y de los movimientos impetuosos de las pasiones, reconoce lo mal que ha hecho en no vivir segun las máximas del Evangelio. Costumbres perniciosas, miramientos indebidos, ideas frívolas, leyes imaginarias del mundo, ignorancias voluntarias, abusos autorizados, placeres y diversiones vanas y engañosas, alegrías superficiales, ya no se dejan ver sino entre los amargos arrepentimientos. ¡Qué suplicio! ¡Qué pesar para el alma que se halla á la vista de todo esto!

Entónces se siente todo el peso de las obligaciones y ocupaciones del empleo y del estado; las compara el hombre con los vanos, con los indignos entretenimientos en que malgastó el tiempo; con aquellos pretendidos derechos de la ambicion; con aquellas especio-

sas inutilidades y frustrerías que le han absorbido la mayor parte de su vida. ¡Desesperadas y tristes comparaciones, que no sirven sino para hacernos sentir con anticipación el rigor fatal del juicio de nuestra conducta!

Lo oculto de los juicios de Dios es otra de las cosas que hay para temer; pues como dice el Profeta, *son un abismo sin fondo*; no se pueden comprender ni alcanzar. *Nadie*, dice el Sabio, sabe si es digno de amor ó de odio, porque siempre está esto incierto y dudoso hasta la muerte. ¡Cuántos ha habido de vida muy perfecta y ejemplar, que han acabado mal! Júdas, de un Apóstol fué un réprobo, y cayó en el profundo de los males. Salomon, siendo tan sabio y tan favorecido de Dios, cometió los mas torpes y abominables pecados.

Si al menos nos aprovechásemos de aquellos últimos momentos, recurriendo á la sangre y méritos del Redentor, y á la protección de su Santísima Madre, serian ménos temibles; pero en aquellos instantes inciertos de vida ó de muerte; en aquellos tristes momentos en que se presentan mil funestos objetos; en aquellos momentos críticos, en que el alma está entregada á los dolores, á las penas de la vida, y á los espantosos horrores de la muerte, ¿estarémos para acertar? ¿Sabrémos hallar los secretos caminos de la penitencia? ¿Podrémos asegurar una salvacion siempre vacilante? ¿Dejarémos á esos peligrosos momentos el delicado negocio de nuestra salvacion? No puede haber mayor temeridad: cuidemos, pues, de vivir como querremos ser juzgados.

Mártres de la semana de Pasion.

AGUARDA al Señor, obra con valor, sufre tus penas, y espera con confianza la ayuda del Señor. El Señor me da sus consejos, me enseña y vela en mi conservacion. ¡Qué tengo pues que temer? Quien habla así es David, perseguido injustamente por Saúl y por los mas principales de la corte; pero intrépido en medio de los peligros, por su gran confianza en Dios, es viva figura del Salvador, perseguido por los gefes del pueblo. Habia hecho David á Saúl y á toda la nacion particulares servicios, por la persecucion que padece no tiene otra causa que una envidia diabólica. El Salvador ha llenado de beneficios á todo el pueblo judaico: pocas personas hay que

no hayan tenido parte en sus favores; todavia ménos, que no hayan sido testigos de sus milagros. ¿De dónde pues venia aquel furor de los pontífices, de los escribas, de los fariseos contra este amable Salvador, que por todas partes por donde ha pasado ha hecho tanto bien? La envidia y el ódio hicieron nacer aquella mortal rabia que no pudo satisfacerse sino con su muerte. La Iglesia en estos dias en que está toda ocupada en celebrar la Pasion del Salvador, ha elegido el último y el primer versículo del salmo XXVI para el introito de la misa de este dia.

La Epístola cuenta la historia de la venganza de los babilonios sobre el profeta Daniel, al cual hicieron arrojar á los leones, por haber destruido los objetos de su idolatría: en lo que notan los padres, que fué una de las figuras de Jesucristo perseguido por los judíos.

Habia cerca de cuarenta años que el profeta Daniel estaba en la privanza y ralmiento del rey de Babilonia, siendo su primer ministro. Los babilonios tenian un famoso ídolo llamado Bel, á quien sacrificaban todos los dias doce medidas de harina del trigo mas puro, cuarenta ovejas, y seis grandes medidas de un vino exquisito. El rey era muy devoto de este ídolo, al que iba á adorar regularmente todos los dias, y hubiera gustado que Daniel, su ministro, hubiese tenido la misma devocion; pero Daniel tenia demasiadas luces y demasiada religion al verdadero Dios, para no tener horror á un culto tan vano. Un dia le preguntó el rey, ¿por qué no adoraba al dios Bel? Porque yo no adoro, respondió Daniel, á los ídolos, que no son otra cosa que unas obras hechas por manos de hombres; yo no adoro sino á Dios vivo, soberano Señor de todo el universo. Si es Dios vivo á quien tú adoras, replicó el rey, no hubo otro jamas mas vivo que Bel: pues él solo come y bebe mas que todos los otros juntos; no ignoras lo que se le da de comer todos los dias, y sabes que nada queda de cuanto se le pone delante. Daniel le respondió sonriéndose, que se admiraba de que su magestad no viese la falacia de los sacerdotes, los que se regalaban con lo que se le daba al llamado dios Bel para que lo comiese; que en lo demas esta pretendida divinidad no era otra cosa que una estatua de bronce por de fuera, y por dentro de ladrillo. El rey, que no gustaba se anduviese jugando con él, se mostró indignado por ver que se abusaba de su credulidad. Hace venir al punto á los sacerdotes de Bel, y les dice: Si no me declarais quién es el que se come todo lo que se pone delante de Bel, os hago morir ahora mismo; pero si me haceis ver